



# La Lectura Popular

AÑO XIV

Orihuela 15 de Diciembre de 1896.

Núm. 320

## EL SEÑOR PEGRRRO

I

**E**RA una siesta de verano y en Sevilla se asaban los pájaros. El señor Pedro, relojero francés á quien los muchachos llamaban señor *Pegrrro*, porque en veinte años que llevaba de vivir en Triana casado con una andaluza que cada día le daba veinte lecciones de idioma patrio llamándole *arrrrastrao*, aun no había podido pronunciar la erre, chupaba la pipa junto á la puerta del corral haciéndose aire con un abanico torero; la tía Colasa bufaba en



el suyo sacudiéndose las moscas con un pañuelo de yerbas, mientras leía el *Flos Santorum*; las *chicharras* cantaban, los chicuelos gritaban y las gallinas atronaban la vecindad cacareando en la sostenido, para notificarle que habían puesto un huevo.

—¡Demonio de animales!, gritó la vieja agarrando una caña.

—L' incomodan á *osté* lās *galinas* señá *Golása*?—dijo el franchute asomando su cara de tomate por encima del cañizo que dividía los patios.

—No me dejan leer.

—¿Qué está *osté* leyendo?

—El *Flos*; un libro que vale mas plata que pesa.

—Pues si que valdrá *prrrrata*—dijo con

sorna el *Sr. Pegrrro* ojeando el infolio.

—Como que me lo dejó mi abuela cuando se murió, diciéndome: «*Colasiya*, no dejes de leer todos los días en ese libro, que tiene miga.»

—Pues lea *osté* que gustemos las migas. Y la tía Nicolasa se apretó los espejuelos y leyó gangueando.

«...El santo era un dechado de todas las virtudes; la templanza en los afectos, la pureza de intención, la paciencia en los trabajos y su horror al pecado.....»

Al llegar al pecado, levantó la cabeza y vió que el relojero contenía la risa.

—Oiga usted, so judío; con los santos no se juega.

Y continuó leyendo.

«...y su horror al pecado, eran los fundamentos de su virtud. El santo consideraba que por el pecado entró la muerte en el mundo; que el pecado es causa de todas las desdichas que sufren los mortales, de todas las penas, de todas las lágrimas.....»

—¡Tía *Golasa*!; *fierrro* es el anima-lucho!

—Pero no tanto como usted, *franchute condenao*, gruñó la vieja levantándose bruscamente para volver la espalda á su interlocutor.

II

Pero ¿quién era este?

El tipo que acabo de presentar á mis lectores, era uno de esos extranjeros que abandonan su patria en busca de aventuras; una de esas cabezas destornilladas que se echan á buscar por el mundo el tornillo que les falta.

Hijo de una familia lyonesa, había salido de su tierra á los veinte años, fogoso como un corcel y colorado como una remolacha, y aventado por la fortuna hacía las costas españolas, del primer vuelo cayó en Málaga; del segundo se metió en Sevilla; y del tercero fué cazado en Triana, y reducido á cadena perpétua por una jóven cuya *mamá* vendía mondongos en el barrio.

Aunque nacido en país frio, el extranjero

era muy vehemente, había leído mucho, era muy instruido y no era un tipo vulgar; pero no bien lo pescó Currilla Mogines, lo vulgarizó en el acto, y no anduvieron ya á soplamocos el mismo día de la boda en prueba de español afecto, porque la hija de Triana á pesar de su detestable educación, poseía un corazón bondadosísimo que valía mas que la ilustración del señorito de *estrangis*.

Petóle éste á la muchacha y aunque las amigas del barrio se le retan y le decían que era un *desgarbao* que parecía una percha andando, ella les contestaba puesta en jarras, que *pa sal* tenía ella de sobra y no necesitaba buscarla en salero ageno.

Durante los primeros días de matrimonio, gracias al amor que hasta á las fieras amansa, Curra y el jóven *Pegrrro* vivieron mansamente recorriendo las antesalas de los cielos.



Hasta la tía Mogines, suegra de *mayor* calibre, que con el cuchillo de limpiar los mondogos en la mano, hacía erizar los moños de la vecindad entera, estaba fiosa y melosona.

Pero pasó la miel de aquella luna y el matrimonio francés ingerto en andaluz, entró en el cuarto menguante.

Pero ¡con qué menguas!

Primero vinieron las de los hijos; después las de las enfermedades; con las enfermedades los gastos; con los gastos las

desazones y con estas, un diluvio de enalidades que, como todos los diluvios, tra o la correspondiente torre de Babel y confusión de lenguas.

La de lá tia Mogines, ametralladora de doble sistema, no tardó á funcionar de peligrosísima manera silbando al oído de su hija consejos parecidos á los que la suegra de Adan daba á la madre del género humano.

«Tu marido es un pillo, solia decir á Currilla para atizar el cisco, y como no lo pares en firme vas á salir con las manos en la cabeza.»

«Tu marido es un borracho, le decía otras veces; y si lo que gasta en *empinarse* lo gastara en caldo de gallina, no tendrías ese color de tísica y esa cara de vomitá que *paese* que ves las almas.»

—Maere, á mí no me diga usted esas cosas, contestaba la Curra, que al fin es mi *mario*.

—¡Um! contestaba la vieja sorbiendo el moco para recalcar la malicia. ¡Lastima que no estés *enamora* del franchutel Como es tan *honrao*.

Efectivamente, si en los primeros años de su juventud el francés, no fué rematadamente malo, al avanzar la edad, el vicio y las malas lecturas le relajaron por completo. Ya no era aquel jóven ligero, apasionado y vehemente pero de sano corazón, era un *franchute* viejo, borracho y blasfemó, que á las penas que le enviaba Dios para enderezarle, respondía él en tono melo-dramático exclamando: «Si sois tan bueno ¿por qué pádecemos los hombres tanto?: ¿por qué nos habeis criado sabiendo que ha bñamos de sufrir?: ¿por qué tantos sufrimientos?»

Estas dudas que sugería al Sr. Pegrro la filosofía prudhoniana mezclada con aguardiente, las hubiera aclarado con asomarse al patio y oír á la tia Colasa repetir gangueando aquel párrafo del libro de su abuela:

—«Por el pecado entró la muerte en el mundo; el pecado es la causa de todas las desdichas que afligen á los mortales, de todos los desórdenes, de todas las lágrimas.....»

### III

Un dia, tras una de las tempestades de familia que con tanta frecuencia estallan en casa de los consumidores de alcohol, penetró en la relojería del señor Pegrro uno de los pocos parroquianos que le quedaban.

Era este un canónigo aficionado á la mecánica, que tenia su casa convertida en un almacén de relojes entre los que figu-

rabán diez sabonetas, veinte repeticiones y un gran reloj de música con figuras de movimiento que bailaban la jota aragonesa con acompañamiento de bombo y cascabeles.

—La paz sea en esta casa,—dijo el canónigo dando dos golpecitos sobre el mostrador con el puño de la sombrilla para cortar la familiar pelotera que se oía en los cuartos interiores.

El Sr. Pegrro salió con la cara llena de arañazos y el canónigo leyó en ella el parte detallado de la acción. Pegrro padre acababa de dar una paliza al mayor de los *cachorros*, y la suegra por interponerse habia recibido un golpe, que habia devuelto en el acto arrancando al yerno media oreja.

El canónigo hizo el desentendido.

—Maestro, ¿sabe usted que se nos ha estropeado la música?

—¿Cómo es eso?

—No sé lo que tienen los pícaros engranajes de aquella máquina. A no ser que el pivotante de....

—Qué pivotante ni qué niño *muegrto* Sr. Canónigo, el *grrrrreló* no tiene nada lo que falta es *nivelagrlo*. Así pudieran *ni velagrse* tan fácilmente los relojes de mi casa,—dijo dando un resoplido.—Sr. Canónigo estoy desesperado; no puedo más; mi casa es un *inflegrrrno*.

—Y usted el primer diablo—saltó el canónigo.

—¡Señor Canónigo!

—Nada; hijo mío los infiernos del otro mundo los hace Dios; pero los de este los hacen los hombres.

—Es que mis hijos son unos perdidos; mi suegra es una bestia; mi mujer no tiene caracter: mis negocios van mal.

—Pero D. Pedro ¿cómo quiere usted que sus hijos de usted y su suegra y su mujer y sus negocios vayan derechos cuando usted es el primero que vá torcido?

—Es que yo soy el cabeza de casa:

—Y porque sea V. el cabeza de casa, tiene derecho á pecar?

—¡A pecar!; ¡já pecar!—dijo el frances sonriendo—Señor Canónigo, ¿que tienen que ver los pecados con las desdichas? el hombre es libre y.....

—¿Y que? D. Pedro; ¿y qué? Y porque el hombre sea libre para sembrar lo que quiera, si siembra nabos, va á coger coles?

—Pero, vamos á ver, Sr. Canónigo; ¿que tiene que ver que yo me beba una copa, eche un *terno*, ó no vaya á misa, para que mi suegra sea un basilisco; mis hijos tños pillos; se muera mi mujer; y me dejen los parroquianos.

El canónigo fité á replicar; pero en aquel momento debió cruzar por su men-

te una idea chusca que le contuvo y le hizo reír.

—Maestro, dijo, despidiéndose del relojero:—No puedo detenerme; ya hablaremos de esto mas despacio: ¿Cuando vá usted á nivelarme el aparato?

—Mañana mismo señor Canónigo.

El canónigo tendióle la mano y el Sr. Pegrro le acompañó hasta la puerta. Pero no bien le vió abrir la sombrilla y alejarse contoneando tranquilamente sus ocho arrobas de peso sobre los zapatos sin tacón, cuando crispando los puños exclamó: —¡Gusticia de Dios! ¿por qué estos *hombrrres* han de *vivigr* tan *gogrrrds* mientras uno vive *grrrabiando*?

### IV

Durante el resto del dia, en la casa del Sr. Pegrro no se quitó la decoracion de infierno: Curra tuvo un vómito de sangre; la tia Mogines citó á su yerno ante el juez municipal para cobrarse el silletazo en dos dias de carcel; el perro mayor de la casa abandonó la perrera paterna dejando á su padre una carta llena de injurias y uno de los acreedores embargó lo que quedaba en la relojería.

Aquella noche, el frances, para olvidar penas tomó una mona filosófica que comenzó á las seis de la tarde y duró hasta las diez de la mañana siguiente en que habia de ir á nivelar el reló de D. Leandro.

### V

Cuando el Sr. Pegrro llegó casa del canónigo, y se quitó el pringoso sombrero con que se tapaba la olla de grillos que tenía por cabeza, el Canónigo le recibió con cariño, pero pretestando no se que ocupación, se marchó y le dejó solo en la habitación del reloj, que era un inmenso armatoste que cubriendo un lienzo de pared, dividía la pieza en dos partes iguales.

El relojero se encaramó en una silla y comenzó á trabajar.

A los pocos momentos el trabajo estaba concluido y dada cuerda á la máquina la música preludió la consabida jota mientras los monigotes levantaban las patas para bailar.

Mas he aquí que de repente párase la música, suena una pitorrada feroz y los bailarines se quedan espatarragados.

—¡Cagrrraco! dijo el Sr. Pegrro ¿que es esto? ¡Si el *grrreló* debia ya *magrchar*!

Entonces abriendo una portilla descubrió que el pivotante de la rueda dentada relacionada con el péndulo que regulaba el movimiento, se habia salido de su sitio.

—¡Ah *picagrrra*! —exclamó encenitrando

la rueda;—ya comprendo la *escapatogrrria*.

Elevadas de nuevo las pesas, la música empezó otra vez á sonar y los monigotes á moverse, cuando un nuevo estrépito que puso en fuga todos los gatos de la casa, anunció al aturdido mecánico que la rueda había vuelto á salirse de su sitio.

—¡Cagrrrraco!—grufió furioso tomando unas pinzas.—Ya te ataré corto para que no vuelvas á *escapagrrte*. Y ya iba á hacerlo; cuando he aquí que del centro de la rueda sale repentinamente una voz como silbido de serpiente que con perfecta claridad dice:

—No me toques, Pedro: soy libre y tengo derecho á usar de mi albedrío.

Un cañonazo disparado en las narices del relojero le hubiera causado menos estupor

Pasóse la mano por los ojos para asegurarse de que el alcohol de la víspera se había evaporado completamente; y casi se creía ya víctima de alguna alucinación cuando la voz vuelve á silbar y añade:

—Estoy cansada de vivir tantos años sometida á la ley que dictó el autor de esta máquina y en adelante quiero obrar por mi cuenta. Hasta hoy he dado vueltas para que otro baile; hoy quiero que las dé otro para bailar yo.

—Para bailar tú?—exclamó el Sr. *Pegrrro*, recordando los disparates espiritistas que había leído en las obras de Allan Kardek su lectura favorita y sintiendo que se le erizaban los pelos del cogote. —Pero ¿quién eres tú?—añadió haciendo la cruz con disimulo.—Te ruego que me digas....

—No es necesario.

—¿Serás acaso el espíritu del inventor de los *grrreloges*?

—No hagas aspavientos y prepara la máquina, pues repito que quiero girar á mi albedrío.

—Pero ¿señor espíritu se atrevió á observar el maestro *Pegrrro* temblando de pavor—siento no poder servirlos, pero.....

—¿Pero qué?

—Que me es imposible cambiar las leyes de la mecánica. Si vos no dais las vueltas segun prescriben esas leyes, ¿cómo quereis que las den las demás piezas? Se desgobernarían.

—No lo creas; mira—dijo la rueda—Y dando una vuelta al reves hizo tal violencia, que grufieron los engranajes de todo el mecanismo y le saltaron á ella cuatro dientes.

—¡Ayl ¡ay! ¡ay! gritó entonces silbando furiosamente: Maldito *Pegrrro*; relojero estúpido! tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Tú y el que construyó el aparato.

¿Acaso no soy libre para volverme á la derecha ó á la izquierda?; ¿por qué al hacerlo de este lado se ha de trastornar todo á mi alrededor?

—Señora; se atrevió á decir el Sr. *Pegrrro*; porque si bien sois libre para girar del revés no lo sois para derogar las leyes que mandan girar al derecho; y al infringirlas teneis que sufrir las consecuencias.

—Falso; yo he aprendido otra cosa.

—¿Dónde?

—En casa de un relojero filósofo que conozco y que es muy entendido en eso de libertad.

Al Sr. *Pegrrro* volvió á erizársele el cogote.

—Yo he visto á ese relojero, continuó la rueda, empeñado en dar las vueltas de su vida contra lo que mandan las leyes divinas y humanas, y cuando por el desorden de sus movimientos empezaron á saltarle dientes le oí quejarse amargamente de sus desgracias culpando de ellas al autor del reló universal.

Yo he visto á ese relojero vivir como un perdido educando mal á sus hijos, es candalizandoles con su mala conducta, abandonando sus obligaciones, acibarando la vida de su esposa y cuando á consecuencia de tantos giros contrarios á los mandamientos de la mecánica espiritual, los hijos se le rebelaron, los parroquianos le abandonaron y su esposa enfermó, le oí, digo, quejarse del Criador del mundo y preguntarle soberbio: ¿Si sois tan bueno por qué padezco?

Al oír esto, el Sr. *Pegrrro* no pudo más y exclamando ¡*pegdon! ¡pegdon!* trató de arrodillarse en la silla, pero con tan mala fortuna que cayendo sobre el reló y haciéndolo caer á su vez produjo un cataclismo universal.

—¿Que me ahogol gritó entonces una voz salida de entre los cachivaches de la máquina.

—Levantose el Sr. *Pegrrro* rápidamente abrió una portilla miró por ella.

¡Horror! el canónigo D. Leandro embazado en el cajón pedía auxilio para salir de él.

—¡Sr. Canónigo!—esclamó el relojero sacándolo á tirones con la cabeza llena de sangre y telarañas.—¿qué es esto?

—Nada hijo mio, no te asustes; la letra con sangre entra; he querido darte una leccion y me ha salido al rostro.

—¿Con que ha sido una broma....

—Pero transcendental hijo mio; porque ni á ti se te olvidará,.... ni á mi tampoco.

—¡Sr. Canónigo!

—Mira hijo mio, dijo D. Leandro abriendo un libro y olvidando el accidente —Voy á leerle esto de S. Agustin, que es

lo que quise enseñarte por el pito de la rueda, porque á los sabios como tú hay que hablarles siempre por boca de ganso. Mira lo que hace mil quinientos años decia uno de los hombres de más talento que ha habido en el mundo.

«Vivía el hombre como quería mientras hacia lo que quería Dios; nada le apenaba; nada le contrariaba; nada había á su alrededor que se le rebelara, porque cumpliendo éllas leyes divinas, al obedecer á Dios todas las cosas le abedecian á él. (1)

—Es decir, que era feliz?

—Si, hijo mio; era feliz porque vivía en paz; y vivía en paz, porque era una rueda del reloj universal que daba las vueltas como manda el relojero. Pero un dia, esa rueda *libre*, quiso abusar de su libertad girando del revés y trastornó la máquina. Desde ese dia cuanto con ella engrana, está fuera de su sitio, está violento, (2) roza con él y se le rebela devolviéndole daño por daño, roce por roce, violencia por violencia ¿Vas entendiendo ahora lo que es el pecado? Pues que te aproveche la leccion hijo mio, que ahora voy á curarme los chichones producidos por tus tonterías y mi buen humor.

## VI

Algunos años despues, el que hubiese pasado por la calle de,... hubiese tenido ocasion de admirar una de las mejores relojerías de Sevilla. En ella había relojes de todas clases, desde magníficos cronómetros de oro de cinco y diezmil pesetas, hasta relojillos insignificantes de todas formas y tamaños, tanto antiguos como modernos: pero entre todos el que más llamaba la atención era un armatoste raro y antiguo coronado por una fila de monigotes que al sonar las horas, armaban un estrépito infernal tocando una música tan desafinada, que hacia asomar la cabeza á todas las arañas de la vecindad.

Si algún caprichoso deseando comprar aquella antigualla, hubiese preguntado su precio al dueño del establecimiento, este, persona finísima, de aspecto tranquilo y rostro que revelaba la paz de su alma y la buena marcha de sus negocios, hubiera contestado en el acto como contestaba siempre.

—Ese *grrreló* no se vende.

—¿Por qué?

—Porque ese *grrreló* cada vez que dá la hora me *grrrecuerda* el arte de ser feliz.

—¿Y en qué consiste ese arte?

—En dar las vueltas de la vida con *agrrreglo* á las leyes marcadas por el *grrrelo* universal.

ADOLFO CLAVARANA.

(1) Esta traducción de S. Agustin no es exacta; es una ligera paráfrasis.

(2) Está como de parto.—(S. Patro.)

## VARIANTES

### CARTA DE UN MARTIR

Es curiosísimo el siguiente fragmento de una carta del P. Alejandro Briant, martir inglés, en tiempo de la persecución protestante, dirigida á sus hermanos de la Compañía de Jesús.

Dice así el fragmento:

«En el martirio me aconteció una cosa que si ha sido sobrenatural y milagrosa yo no lo sé: Dios lo sabe; pero que haya pasado como lo diré, testigo me es delante de Dios mi misma conciencia. En el mismo tormento que padecí, cuando más los crueles verdugos mostraban en mi cuerpo su rabia, teniéndome atado con unos cordeles de las extremidades de los pies y manos, y tan estirado, que no había parte en mi cuerpo, ni coyuntura, por pequeña que fuese, que no la desencajasen con la grande fuerza con que me tiraban, aconteció entonces que, ayudado de la divina mano, no sólo no sentía dolor alguno, mas antes me parecía que realmente descansaba y recibía alivio del tormento pasado, así perseveré todo el tiempo que me atormentaron con tanta quietud y serenidad, como si nunca tal por mí pasara, y fué tanta la novedad que les causó á los ministros y oficiales de la reina, que mandaron quitarme del tormento, y que al día siguiente se buscase algún nuevo y exquisito modo de crueldad para atormentarme. Lo cual como yo oyese, ninguna impresión hizo en mí, porque tenía gran confianza en la poderosa mano del Señor, que así como en los demás, también en aquel combate me daría paciencia y fortaleza.»

Ahí tienes, amado lector, el testimonio de un mártir, que padeció el acerbísimo tormento del potro y asegura con juramento, que por el favor divino, que le daba fuerzas, no solo no sentía dolor alguno, sino que mientras se desencajaban los huesos de sus coyunturas, descansaba con tanta quietud y serenidad como si nada pasara por él.

Semejantes maravillas se leen á cada paso en las actas de los santos mártires. Allí se vé cómo un San Lorenzo, estando asándose en las parrillas, se dirigió al bárbaro presidente y le dijo: «Ya puedes mandar que me vuelvan del otro lado y me echen la sal.» Allí se lee de San Tiburcio, que andando sobre las ascuas de fuego decía: «¡Qué regalo! Esto es andar sobre rosas y flores.» Se vé también cómo San Antipas y Santa Pelagia, metidos en sendos bueyes de bronce puestos en el fuego, cantaban himnos y loores á Jesucristo, y cómo los dos Santos casados, Mario y Marta, con sus dos hijos dichosos, Audifaz y Abacuc, mientras estaban tendidos en el caballete, donde eran abrasados con planchas de fuego, cantaban asimismo con una misma boca la gloria de Dios; y cómo la nobilísima virgen Santa Agueda, en medio de los más atroces suplicios, decía sonriendo alegremente: «Me gozo tanto con estas penas, como el avaro cuando halla grandes tesoros.»

¿Qué mayores pruebas de su divinidad necesita la religión cristiana?

F. de P. Morall, S. J.

## EL GUSANO DE LA ENVIDIA

Yo no se cómo pasó; mas es lo cierto que entró un gusano en un jardín y se comió en un festín todas las flores que halló. Lastimaba los sentidos ver las calles alfombradas de tallos y hojas mordidos; de cálices carcomidos y de corolas manchadas; aquella blanca azucena que en el fango se moría me dió pena; era tan buena, que no exhaló en su agonía un solo grito de pena; tan buena era, que olvidaban por ella, las que espiraban, su dolor, cuando murieron; al ver cómo la mordieron, todas las flores lloraban. ¡Pobres! si hubieran sabido quien era el gusano aquel, todo estaba comprendido; la envidia se ha mantenido siempre de sangre y de hiél; no hay pureza, ni color, ni aroma, ni tallo verde que detenga su furor; ¿es una flor? pues la muerde; basta que sea una flor.

B. DE H.

## VERDADES CLARAS

### I.—Gloria y fama.

A la cúspide de lo que el mundo llama gloria, suele llegarse por la ciencia con el cerebro cansado; por el arte, con la vista trémula; ó por la guerra, con la cabeza rota.

A la fama se va también por la pluma mojada en lodo ó en veneno; por la lengua que adula ó calumnia, ó por el crimen que más ruido mete.

En muchos casos, la gloria se parece al infierno; la fama á la deshonra.

### II.—Popularidad.

La popularidad que concede el vulgo, se logra nivelándose con él; alguna vez por el arte de seducir á la gente, por el humor, el juego, el vino, el lujo: por el talento se alcanza la popularidad casualmente.

En todo caso, es más saludable para el cuerpo y el alma vivir ignorado del vulgo.

### III.—La dicha.

Los goces comienzan en risa y acaban en lágrimas.

Todos los ideales son más ó menos realizables, excepto el de la dicha.

A ésta sólo se llega por el sufrimiento y la serenidad del espíritu.

Para andar el camino escabroso que conduce á la dicha, nos sirven de apoyo dos ángeles, el de la esperanza y el de la resignación.

## Libro nuevo

El catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Manresa Don Juan Arolas y Juan ha publicado con licencia de la autoridad eclesiástica un tratado de Filosofía Elemental («Psicología, Lógica y Ética») en el cual ha resumido con claridad y á trechos quizá con excesiva concisión las doctrinas católicas sobre esta materia; inspirándose principalmente en las obras de Fray Ceferino González y de los señores Ortí y Lara y Donadín. A veces amplía el texto con notas interesantes y muy útiles para los alumnos aplicados que quieran perfeccionar el estudio de la asignatura. Forma un volumen de 550 páginas en cuarto, de letra grande y bien ordenado, cualidad muy necesaria en un libro de texto.

## LA MUERTE DE MACEO

El día de la Purísima Concepción, un práctico de una columna, un hombre desconocido que ni si quiera era soldado, mató de un balazo al implacable enemigo de España Antonio Maceo, cuando este, burlándose de trochas, de generales y de ejércitos, había salvado toda clase de obstáculos y se disponía á dar un golpe de efecto que hubiera sido el descrédito de Weyler y quizás causa de gravísimos conflictos.

No hay corazón cristiano ni cabeza medianamente organizada, exenta de preocupaciones sectarias, que no haya visto en este hecho la mano de la providencia y la protección de la madre de Dios en favor de los españoles.

Y sin embargo, raro es el periódico liberal que á estas horas ha dicho una sola palabra de gratitud en sentido cristiano por hecho tan singular.

Plácemes, manifestaciones, música, discursos, banquetes, brindis etc., etc.; pero eso de levantar los ojos al cielo, entre liberales no se usa; está muy alto y los liberales son cortos de vista.

Dios se apiade de esta pobre nación, víctima del naturalismo mas grosero que se vió jamás.

## LA LECTURA POPULAR

—0—0—

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de acción.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción. . . . .	4 pesetas mensuales.
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.